

Dime que te cuento y te diré que aprendes

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser. Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”

(Mateo 22,34-40)

Padre Marcelo Rivas Sánchez

www.diosbendice.org

Amar para que podamos ser amados.

Todos, de alguna forma, queremos ser amados y hasta hacemos canciones “El amor es una fantasía...” y desde luego poesía: “Si yo fuese el mar, y tu una roca, haría subir la marea, para besar tu boca” Hoy hablaremos de un amor, que no es diferente, pero si esencial para que ese amor de pareja en canciones y poesía se dé.

Érase una vez un rey que no tenía hijos para sucederle y puso un gran anuncio en los periódicos invitando a los jóvenes a solicitar la adopción en su familia. Sólo se requerían dos condiciones: amar a Dios y amar al prójimo. Un muchacho campesino quería, pero no se atrevía a presentarse porque iba cubierto de harapos. Se puso a trabajar, hizo dinero, compró ropa nueva y se colocó en camino para intentar ser adoptado por la familia del rey. Cuando ya estaba llegando al palacio, se encontró con un mendigo que tiritaba de frío. El joven campesino se conmovió y le dio su ropa nueva. Vestido de harapos, le parecía inútil continuar pero decidió terminar el viaje y llegar al palacio. Llegó y todos los empleados se burlaban de él. Finalmente fue admitido a la presencia del rey. Cuál no fue su sorpresa cuando vio que el rey era el mendigo del camino y que vestía las ropas que le había regalado. El rey bajó de su trono, abrazó al joven y le dijo: “Bienvenido, hijo mío”

Entonces, Dios es ese rey que desciende de su trono para recibirnos. Pero nos dice que hay mandamientos de mandamientos. De los 613 mandatos hablamos de dos principalísimos. Además Dios no lo venía diciendo: Dios Padre es amor. Que Jesús es amor y que el Espíritu Santo es la fuerza de ese amor en nosotros. Con razón en Éxodo 22,20-23 nos invita a no dañar, a no explotar pues les haré morir. Dios nos escuchará porque es compasivo. Todo para que en el Salmo 17 lo reconozcamos como el amor que nos fortalece.

Toda la antigua ley queda superada en esos dos mandatos. Pues a Dios se le ama en lo concreto. Eso de a medias, a ratos, por temporadas y solamente en la desgracia, no va con Dios. Santa Teresita solía decir: “corazones partidos yo no los quiero. Cuando doy el mío lo doy entero” No hace falta que vivamos sujetos a un horóscopo supersticioso, fantasmagórico, sino que debemos vivir en el amor de nuestro Señor Jesús.

No podemos seguir pensando que el amor es un acto sexual o el beso a escondidas que produce el embarazo precoz y la inmoralidad. El amor es uno, es único y es glorioso como el rostro de Dios. No se puede vivir bajo el signo de la magia, sino bajo el signo del amor tal como lo vivió nuestro Señor Jesús. Es maravilloso descubrir que por amor Dios se hizo hombre, se hizo obediencia, se hizo servidor para los más pobres. Por ese amor se quedó en la Eucaristía, pues en ese amor nos regaló el Espíritu Santo.

Dios hace todo por amor. Pues él es el amor que se hizo realidad en la cruz. De ahí que al final de nuestras vidas seremos juzgados en ese amor. Nunca debemos olvidar que la vida de Jesús no tiene sentido sin la pasión y la voluntad de amar.

Para este mes de octubre dedicado a la Biblia, de Ella sale ese amor como carta hermosa escrita para una historia de amor entre Dios y la humanidad. Es la colección de libros del ese gran y único amor. El gran amor de Dios. Celebrarlo, pues, es la mejor forma de ser buen cristiano. Pero pasa que, somos muchos, los que no sabemos amar.

Ya que amar es...

Dedicar tiempo a quien se ama.
Estar al servicio de quien se ama.
Escuchar el grito de quien se ama.
Sacrificarse por quien se ama.
Dar la vida por quien se ama.

Es lastimoso que en esta sociedad el amor se ha convertido en un artículo de consumo: amor de telenovela, amor de playboy, amor de vacaciones, amor de una noche... Nos corresponde rescatarlo y colocarlo en su justo lugar. Es nuestra responsabilidad. Para ello, dejemos entrar a Jesús el maestro del amor. Dejémonos transformar por el Espíritu Santo entenderá y sabrá amar como Jesús.

“Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza”
Salmo responsorial 17

mrivassnchez@gmail.com